

REPARTO

<u>Personajes</u>	<u>Actores</u>
TRINI	Srta. Palou.
ANGELITA	» Robles (C.)
PEREGRINA	Sra. Siria.
DOÑA ANGELES.	Srta. Valdivia.
CESÁREA	» Cañete.
ANTONIO HIDALGO	Sr. Hernández.
SOLER.	» Adamo.
DON FEDERICO.	» Leiva.
EL MANITAS.	» Agudín.
PERIQUITO FUENTES	» Olózaga.

En Valleclaro, ciudad de Castilla la Nueva.

Epoca actual. — Las indicaciones de lugar corresponden a los lados de los actores.



ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con decorosa modestia en casa de don Federico Gil y Soler. La disposición de los muebles, los lazos que sujetan las cortinas, los abanicos puestos en las paredes con fotografías, todo, revela el cuidado de manos femeninas y juveniles. Formando chaffanes a los dos extremos del fondo, hay, a la derecha, una puerta que da al pasillo donde se abre la de la calle, y a la izquierda, un mirador por donde entra el sol tibio de abril; en primer término, a ambos lados, puertas que llevan a las habitaciones interiores. En el testero del fondo, un gran retrato al óleo de una mujer muy bella, vestida y peinada a la moda de 1870. Sobre una mesita arrinconada, un fonógrafo.

Es media mañana. PEREGRINA, criada vieja, se ha quedado traspuesta en un sillón y ronca beatíficamente al empezar el acto. En seguida CESÁREA, criada joven de aspecto palurdo, se asoma a la puerta de la izquierda, y después de llamar a Peregrina con timidez, se acerca poco a poco para despertarla.

CESÁREA ¡Psch!... ¡Señá Peregrina! ¡Anda, si se ha quedao dormía!... (Entrando y tocándole respetuosamente en el hombro.) Señá Peregrina, escuche usted.

PEREGRINA (Sobresaltada.) ¡Eh!... ¿Qué?... Ah, ¿eres tú? Hija, se llama de otro modo; no se sacude así a las personas.

CESÁREA Si no la he tocao ni tanto así...

PEREGRINA No estaba dormida, no vayas a creerte.

CESÁREA Ya...

PEREGRINA Bueno, ¿qué te duele? Vamos a ver.

CESÁREA Como dolerme, ná; sino que quieo irme de esta casa.

PEREGRI. (Con contenida indignación.) Pues... no haber esperao a que la señora y la señorita Trini se fueran a misa, y a que yo me quedara sola con la señorita Angelita, pa decirlo.

CESÁREA Como usted aquí no es propiamente una criá...

PEREGRI. Lo que soy es una criá... con vergüenza, de las que ya no se gastan. ¿Estamos? Si te quiés ir, pa luego es tarde: ves, recoge los cuatro pingos que has traío y andandito, que como no eres de pueblo ni tiés el pelo de la dehesa, que digamos, vas a encontrar en seguia aco- modo.

CESÁREA No se meta usted conmigo; que bien sé que hace un mes que he llegao del pueblo y que tién que aprendérmelo tó. Pero es que...

PEREGRI. Es que ya te han llenao de viento la cabeza... Ya me parecía que tardaban.

CESÁREA Yo no quería creerlo, pero son tós a hacer advertencia: las del mercao, las del portalillo, esa que vende cintas y carretes, y hasta el sacristán de los Dolores.

PEREGRI. Pues bien que le adula a las señoritas pa guardarlas las sillas... ¡La envidia y la calunia que corren por este Valleclaro de mis pecaos!

CESÁREA M'han dicho, verá usted; m'han dicho...

PEREGRI. No me lo cuentes, que ya me duelen las orejas de escucharlo y la boca de desmentirlo. No me lo cuentes, porque... ¡te arañó!

CESÁREA Pero si yo...

PEREGRI. No hay pero ni membrillo... ¿Has visto tú algo malo en la casa?

CESÁREA No, señora.

PEREGRI. ¿No te parece esta casa muy cristiana y de mucha decencia?

CESÁREA Sí, señora.

PEREGRI. ¿Has visto en tu vida mujer más santa

que la señora y niñas más buenas que las niñas?

CESÁREA No, señora.

PEREGRI. Entonces, ¿pa qué crees esos infundios?

CESÁREA Es lo que yo digo... Yo no quisiá creélo. Yo digo que aquí se está bien, que se respira.

PEREGRI. Y que se come.

CESÁREA Sí, señora... y que se come en forma, y que como haber orden, lo hay...; pero le dicen a una que si tal, que si cual, y una, la verdá, tié que mirar por una, porque una es joven y... ya sabe usted, señá Peregrina...

PEREGRI. ¡Sí, que doña destripa terrones corre peligro en esta casa!... ¡Sabe Dios que no habrás tú dejao en el pueblo!

CESÁREA Yo no he dejao ná.

PEREGRI. Pues te lo habrás traío pa soltárnoslo aquí.

CESÁREA ¡Señá Peregrina!

PEREGRI. Como que los paseítos por los trigos y los pinares de esos pueblos, concluyen muy a menúo en la ciudá.

CESÁREA Yo no soy de esas. Y no me falte, que yo a nadie he faltao.

PEREGRI. Has faltao a la casa de mis señoritas.

CESÁREA Habrá sólo sin querer... Es que m'han dicho cosas mu gordas, señá Peregrina...

PEREGRI. Y paece que con lo gordas que han sólo, te las has tragao. (Señalando el retrato.) Ahí la tiés... Ahí onde la ves, con tós los pecaos que hizo, y los que la cuelgan, entró vestidita de bailarina y con zapatitos blancos en la gloria.

CESÁREA (Apartándose con espanto cómico.) Pero... ¿es esa señora la que dicen que...?

PEREGRI. Esa misma... Mírala de cerca, que no muerde.

CESÁREA (Acercándose con timidez, como atraída por el retrato.) ¡Qué maja que era! ¿Y es verdad lo que dicen? Yo no lo pueo creer.

PEREGRI. Verdad que era una señorita de lo más principal y que estaba pa casarse con un título de aquí, cuando dió la campaná con un tenor de esos que cantan en italiano y se escapó con él a París de Inglaterra, por el mundo arriba, y que aluego se metió a bailarina y la llamaban la «Bella Española»; y que un príncipe se condenó por ella, dándose un tiro aquí, en la mollera mismamente, y qué se yo más cosas... y que la historia anda en papeles y romances, por si no lo sabías.

CESÁREA ¡ Hay que ver !...

PEREGRI. Y verdad también que tuvo una hija— que es la señora, nuestra ama, pa que te enteres—y que vino a Valleclaro a pasar la vejez y a morir como una santa... Estas manos, ¿ las ves?, le cerraron los ojos y la vistieron el hábito de las Dominicanas. Se fué pa arriba más pura que un ángel: confesión, viático; ná la faltó.

CESÁREA ¡ Hay que ver !...

PEREGRI. Después, sólo el señorito don Federico fué hombre pa casarse con la señorita Angeles, porque tóos creían que, como la madre había tenido ese mal paso, la hija había de ser mala. ¡ Y menúo chasco que se han llevao !

CESÁREA (Maravillada.) ¡ Hay que ver !...

PEREGRI. Y como se equivocaron con la hija, que salió de lo más cabal que hay en el señorío de Valleclaro, pues ahora esperan que sean las nietas... y más chasco se van a llevar. ¿ Te vas enterando?

CESÁREA Sí, señá Peregrina.

PEREGRI. Al principio decían que era pa vengarse de la plantá que le dió al señorón de aquí... ¡ Mia tú, que ni que hubiera sólo el patrón del pueblo !... Después, cuando se murió el buen hombre de un reventón de bebía, porque era de esos que se pasan día

y noche tomando mejunjes en el café de las arcadas, no sé yo que tuvieran ya que vengar a nadie, y la cosa siguió igual. No hay calunia que se pierda, ni habladuría, ni maldad que no venga a parar a esta casa. ¡ Por justicia los hubiera puesto yo con más de cuatro cosas que nos han hecho; que si se las hubieran hecho a otra casa, tóo el mundo en Valleclaro habría protestao ! En la casa de las bailarinas, como nos dicen, hay honra pa dar a mucha de esa gente que chilla, pa que nadie repare en lo que hacen... Conque, ya sabes a qué atenerte; y ahora, a la calle a pasar hambre y malos tratos, o a la cocina; elige...

CESÁREA Siendo así...

PEREGRI. Pa la cocina entonces; no te se vaya a pasar la pierna de cordero; que hoy, como tóos los domingos, viene a comer un sobrino del señorito, el único de la parentela que visita la casa.

CESÁREA ¿ Ese señorito que tiene las manos tan largas?

PEREGRI. Ese; y fuese mejor que no viniera, que es un gorrón y un mal bicho, y ya tengo yo la mosca en la oreja con lo que se trae. Ea, andando. Ahí viene la señorita Angelita.

CESÁREA Voy primero a batir los colchones, que va he empezao.

PEREGRI. Ves.

(Cesárea sale por la derecha, y casi al mismo tiempo entra ANGELITA, vestida con traje de casa. Es una muchacha de veinticuatro a veinticinco años, un poco anémica y de aire medroso; la triste conformidad de su mirada indica que ya ha sufrido más de lo que merece su edad y que se resigna de antemano a todo cuanto pueda pasarle.)

ANGELITA ¿ Has visto quién está ahí, Peregrina?

PEREGRI. No.

- ANGELITA Asómate, verás.
- PEREGRI. (Después de mirar discretamente por el mirador.)
¡Hum! Muy temprano empezamos hoy.
- ANGELITA Lo ví desde la ventana del comedor, y me ha hecho señas de que quiere hablarme.
- PEREGRI. Atalo corto, nena.
- ANGELITA Tú la tienes tomada con él.
- PEREGRI. Atalo corto; te lo digo yo.
- ANGELITA Si no hace falta. Es tan serio y tan respetuoso...
- PEREGRI. Acuérdate de la confianza que teníamos en don Luisín.
- ANGELITA Este es otra cosa.
- PEREGRI. Cada uno que llega os parece que es otra cosa... y siempre resulta la misma. A vosotras no os basta con ser buenas, sino que tenéis que demostrarlo.
- ANGELITA ¿Y a quién le vamos a hacer caso entonces? ¿De quién nos vamos a fiar? Mejor será que rompa de una vez con él y que renunciemos a casarnos.
- PEREGRI. No, no; no me hagas caso... Yo no soy más que una pobre criada vieja que os quiere mucho. ¡Qué sé yo!... Sería demasiado bueno el que tú te casaras con el hijo de los marqueses de Fuente; por eso me da miedo.
- ANGELITA (Involuntariamente.) A mí también.
- PEREGRI. Anda, despáchalo pronto, que tu madre y tu hermana van a llegar.
- ANGELITA Sí. (Angelita ha sacado del costurero un teléfono de novios: dos cajas cilíndricas de cartón unidas por un bramante muy largo.)
- PEREGRI. Pero ¿os entendéis con eso?
- ANGELITA Algunas palabras no se oyen, pero...
- PEREGRI. Eso se va ganando. Siempre tuvo el marquesito fama de muy descarado y libre de maneras.
- ANGELITA Habrá cambiado, si es que me quiere.
- PEREGRI. Ojalá... Voy a ver qué hace la paleta.
(Peregrina sale. Angelita se asoma al mirador y hace

señas a su novio, que espera en la calle; después lanza uno de los tubos del teléfono y, cambiando oportunamente el que le queda del oído a la boca, empieza la conversación.)

- ANGELITA Ya has visto... fui a misa de siete con Peregrina... ¡Qué tonto!... ¿Papá?... En el casino... ¿Dónde dices que viste a mamá y a Trini?... ¡Ah!, sí, irían a comprar el postre... No, sola no: estoy con Peregrina y la muchacha nueva... ¿Lástima?, ¿y por qué?... No, dímela por el teléfono... Subir, no; me enfadaré... No te incomodes; ¿por la mirilla? No subas, ¡no subas!... (Quitándose del balcón.) Peregrina...

(Va a llamar, pero se arrepiente, y después de mirar de nuevo y de cerciorarse de que Periquito Fuente sube, sale con súbita decisión por la puerta del fondo. En cuanto la escena queda sola, CESÁREA, cargada con dos almohadones y un sacudidor de mimbres, sale por la puerta de la derecha, cruza la escena, se acerca otra vez al retrato y, después de lanzar un nuevo "Hay que ver", sale por la izquierda. ANGELITA entra por el fondo; viene andando de espaldas, rechazando a PERIQUITO FUENTES, que, sonriendo, pero un poco inmutado, entra detrás de ella.)

- ANGELITA No, no; eso no está bien.
- PERIQUITO Si es un momento, tonta.
- ANGELITA Me dijistes que abriera sólo para darme una carta. Vete.
- PERIQUITO Dime antes que me quieres.
- ANGELITA Ya lo sabes... Mamá y Trini van a llegar.
- PERIQUITO Hoy es misa de las largas; tardan aún.
- ANGELITA Y papá...
- PERIQUITO Ya está jugando con mi padre y el general en el casino.
- ANGELITA Vete, vete... También puede llegar el primo Soler.
- PERIQUITO ¡En cuanto a ese!...
- ANGELITA (Nerviosa.) Si querías que te diera una

- prueba de confianza, ya te la he dado. Sé tú ahora bueno conmigo, y demuéstrame que me quieres, que me respetas.
- PERIQUITO Si yo te lo demuestro, pero...
- ANGELITA Sin pero.
- PERIQUITO Demuéstramelo tú también, anda... Uno solo.
- ANGELITA ¿Qué?...
- PERIQUITO Un solo beso.
- ANGELITA No, eso no está bien; vete en seguida, si no quieres que me incomode.
- PERIQUITO (A punto de encolerizarse.) El que va a incomodarse soy yo. (Otra vez sonriente.) Eso son melindres ridículos... Tú sabes que he de casarme contigo, que soy un caballero... Un beso no es nada.
- ANGELITA En mí, sí.
- PERIQUITO En ti menos que... es decir. ¡Yo que había subido para eso!
- ANGELITA Pues vete.
- PERIQUITO Concluiremos para siempre entonces.
- ANGELITA Está bien.
- PERIQUITO ¿He de ser yo menos que otros?
- ANGELITA ¿Que quién? ¡Dilo!
- PERIQUITO Que otros...
- ANGELITA No es de caballeros insultar sin pruebas. Demasiado sabes que me calumnias. Ahora soy yo la que concluye. Sal de aquí. (De súbito, abatida.) ¡Siempre la calumnia, Dios mío!
- PERIQUITO (Aprovechando el desfallecimiento de Angelita.) Pero ven acá, tonta; no me hagas caso. ¡Con lo que yo te quiero!
- ANGELITA Que no... Déjame.
- PERIQUITO Ya me habrías complacido, y estaríamos los dos tan contentos. (Acercándose.) Anda...
- ANGELITA Si me tocas, grito.
- PERIQUITO No serás capaz.
- ANGELITA Acércate y... (El se acerca, y Angelita, con voz indignada y llena de lágrimas, grita:) ¡Peregrina! ¡Peregrina!
- PERIQUITO ¡Me la has de pagar!

- ANGELITA ¡Peregrina!
- PERIQUITO (Rabioso.) No es virtud, sino habilidad... Querías cazarme como a un bobo.
- (Aparece en la puerta de la izquierda PEREGRINA con la escoba en la mano.)
- PEREGR. ¿Qué hace usted aquí?
- ANGELITA Acompaña a ese hombre a la puerta.
- PERIQUITO ¿A mí, a mí?
- PEREGR. (Empujándolo con irónica suavidad hacia la salida.) A usted, sí, señor; al marquesito de Fuente, que vino por lana y se va trasquilado.
- PERIQUITO ¿Echarme de este modo?... ¡Y de esta casa!...
- ANGELITA No insultaría usted así si hubiera aquí un hombre.
- PEREGR. ¡Qué hombre ni qué rábano!... Yo sola me basto para este *sietemesino*.
- PERIQUITO Oiga usted: no me empuje.
- PEREGR. Y dé gracias que no lo echo a escobazos, como basura.
- PERIQUITO Mucho ojo.
- PEREGR. ¡Fuera! ¡Fuera!
- PERIQUITO (A Angelita.) ¡Vas a acordarte de mí!
- PEREGR. ¡Largo! (Peregrina sale empujando al marquesito por el fondo, y aún se oye su voz insultándolo desde dentro.) ¡Marquesito apolillado... vaya noramala! (Angelita se ha echado sollozando en un sillón. En cuanto queda sola, asoma por la puerta de la derecha la cara curiosa y espantada de CESÁREA, que se retira vivamente al entrar PEREGRINA.) Ya va con viento fresco.
- ANGELITA ¡Somos muy desgraciadas!... Todos han de figurarse lo mismo.
- PEREGR. No le dí un escobazo por no ensuciar la escoba.
- ANGELITA ¡Y siempre será igual!...
- PEREGR. No llores... Hay que despreciarlos, que ya se irán convenciendo.
- ANGELITA Sí, cuando se nos haya pasado la ju-

ventud entre insultos... A ti también se te saltan las lágrimas.

PEREGRI. ¿Yo lágrimas?

ANGELITITA ¿Crees que no te veo?

PEREGRI. (Sin contenerse ya.) De rabia, lloro de rabia, porque siento un ahogo... Debía de haber una vez al año, como es nochebuena pa los pavos, en que el Gobierno permitiera matar sinvergüenzas. ¡Los pescuezos que iba yo a retorcer!...

(Se oye la voz de SOLER, que grita alegremente desde dentro:)

SOLER ¿Se deja ya aquí la puerta abierta?

ANGELITITA ¡El primo Soler!

PEREGRI. Los primos sois vosotros en recibirlo, que pa familia como él más valía no tenerla. Tampoco iba a tener ese el pescuezo seguro.

ANGELITITA Calla.

PEREGRI. ¡Qué calla ni calla! Noventa reales le presté pa ver si por no pagármelos no ponía más los pies aquí, y de ná m'ha servío.

(Entra SOLER. Es un vividor que frisa ya en la cuarentena; dentro de su cabeza, en la que los cabellos negros y los blancos luchan a ver quién puede más, se resuelve a diario el problema de vivir sin trabajar, contando sólo con el dinero de los otros. El desenfado de sus ademanes irrita a Peregrina, que le habla siempre con mal encubierta hostilidad. Trae en la mano un paquete de discos para el fonógrafo.)

SOLER ¡Hola!

ANGELITITA Hola.

SOLER (A Peregrina.) Usted nunca responde, ya lo sé.

ANGELITITA Mamá y Trini deben de llegar de un momento a otro.

SOLER Creí que Trini iba a quedarse esta mañana en casa... ¿Qué te ha pasado con tu novio?

PEREGRI. (Bruscamente.) Nada.

SOLER Me lo tropecé en la escalera y me soltó un bufido. ¿Estáis de morros?

ANGELITITA Hemos concluido para siempre.

SOLER Ya; para siempre quiere decir hasta mañana.

PEREGRI. Es que yo lo he echado de aquí a escobazos, como voy a echar a más de un sinvergüenza.

SOLER (Sin darse por aludido.) Hâce usted bien, Peregrina. (A Angelita.) Aquí le traigo a Trini unos discos de cante flamenco, que dan la hora. ¿Está bueno el fonógrafo?

ANGELITITA Bueno, gracias.

PEREGRI. Mu aficionao nos ha sallo usté a la música en conserva, señor Soler.

SOLER Llámeme Soler a secas. Todo el mundo me llama así desde muchacho. El ministro que vino para la inauguración de la estatua, y que por cierto se fué enamorado de Trini, me decía don Soler. Creo que si alguien me llamara Eulogio, ni volvería la cabeza: como si no fuese conmigo.

PEREGRI. Me alegro que me lo diga usté, porque uno de estos días voy a ir pa hablarle de un asuntillo y quiero saber cómo llamarlo.

SOLER ¿Se refiere al pico que le debo? Tendrá que esperar que se vuelvan las tornas y suban los liberales otra vez, a ver qué destino me dan.

PEREGRI. Lo harán ama de cría del Ayuntamiento, como la otra vez.

SOLER Amén. Soy capaz de ponerme el collar de monedas, si ocurre... Hombre, Peregrina, ha tocado usted un asunto del que quería yo hablarle. (A Angelita.) Dispensa que hablemos de negocios, chica.

ANGELITITA Sí.

PEREGRI. ¡Hum!...

SOLER Hay años en que no está uno para nada, como dijo el otro... y precisamente yo

- pensaba pedirle quince pesetitas más, para que hiciéramos cuenta redonda. (Ante el gesto indignado de Peregrina.) ¿No? No nos incomodemos por esa bagatela: se las pediré a Federico.
- PEREGRI. ¡Puah!... Voy a darle eso a la portera. (A Angelita, por Soler.) Ten cuidado. (Sale muy indignada por el fondo.)
- SOLER Va que echa chispas... ¿Quieres que pongamos el fonógrafo?
- ANGELITA No tengo humor.
- SOLER Todo lo que os pasa es porque queréis.
- ANGELITA Ya vas a salirme con tu monserga de que nos dediquemos al teatro, de que con nuestras voces y con el nombre de la abuela... ¡Maldito nombre!
- SOLER Porque no sabéis explotarlo. Es estúpido vivir de una mísera renta y de lo que tú padre le saca al tresillo, cuando podíais ganar millones.
- ANGELITA Cuéntale todo eso a Trini, que te lo aguanta.
- SOLER Trini es menos tonta que tú, y eso que ahora, con ese imbécil de archivero, está en niña cursi. Con veinte lecciones debutabais y...
- ANGELITA A vivir todos.
- SOLER Pues sí; toda la familia iría para arriba. ¿Es que no se puede ser honrada y digna en cualquier parte? Más de un empresario habría en Madrid que os contratara en seguida; y hasta quien se metería a empresario para sacaros... El ministro que estuvo aquí, sin ir más lejos.
- ANGELITA ¡Déjame en paz!
- SOLER Cantando flamenco Trini y tú cuplés...
- ANGELITA ¡Dale!
- SOLER Pero es que aquí os marchitais por fuera y os consumís de rabia por dentro. ¿Ves al marquesito?, pues ese no se casa contigo: me consta.
- ANGELITA Mejor.

- SOLER Y si Trini se figura que ese archivero, que no debíais tratar con la fama de socialista que tiene, viene por ella, está lucida.
- ANGELITA También te consta; bueno.
- SOLER Como que viene por ti.
- ANGELITA ¿Por mí?
- SOLER No hay más que fijarse en cómo te mira cuando no puedes verle.
- ANGELITA (Contrariada, pero con involuntaria esperanza.) ¿Por mí? ¡Pobre Trini!...
- SOLER Un porvenir, chica: seis mil reales al año.
- ANGELITA A, papá le han dicho que es de familia influyente, y que el duque de la Encina le va a encargar de no sé qué arreglos en su biblioteca. (Se oye ruido dentro.)
- SOLER Será para limpiarla de polillas y telarañas... ¡Ojo!... Ahí viene ese basilisco doméstico de Peregrina. Por si no puedo hablar a solas con Trini, dile que aquí dejo los discos, y que lo que sobró del dinero se lo traeré mañana sin falta. Voy a dar una vuelta y vuelvo a almorzar.
- ANGELITA Bien... ¡Ah, sois vosotras!...
- (Entran PEREGRINA, TRINI y DOÑA ANGELES. Trini no tiene el mismo carácter de su hermana: es viva, inconforme, y posee un fondo de alegría en el alma, que aprovecha el menor resquicio entre sus sinsabores para manifestarse.)
- TRINI Ya nos ha dicho Peregrina...
- ANGELES ¡Vengo indignada!
- ANGELITA Ya ves...
- ANGELES ¿Por qué le abriste, hija?
- ANGELITA Yo, mamá...
- ANGELES Hiciste mal.
- TRINI ¡Qué asco de hombres! Otra vez por poco me pasa a mí lo mismo con Paco Roderó. Sólo que yo, como no quería separarse de la mirilla, cojí un buche de

- agua y... ¡figúrate la ducha! De las pocas que se habrá dado en su vida.
- ANGELITA Dichosa tú, que sabes echar las cosas a broma.
- TRINI Para no morirme de rabia.
- ANGELITA ¡Sabe Dios cómo contará él eso por ahí!
- TRINI ¡Y lo creerán!
- ANGELES ¿Qué mal hemos hecho, Señor?
- PEREGRI. ¡Vaya, no se pongan así las tres, que en viéndolas afligias no soy ná! Más que han dicho otras veces, no han de decir.
- TRINI. Lo que es esta vez, no hay que dejarlo así. ¡Si tuviéramos en la familia un hombre!...
- ANGELES ¡Un verdadero hombre!...
- SOLER (Obligado a salir de su mutismo.) Yo, francamente...
- PEREGRI. ¿Quién le habla a usted?
- SOLER Es que no creo poder usurpar el lugar del tío Federico: él es el jefe de la familia, y el único a quien corresponde...
- ANGELES Basta; no hablemos más de esto. (A Angelita.) No llores más tú... Lo que haya de hacerse se hará.
- SOLER Yo volveré luego... Tal vez no pueda venir a comer, pero volveré. (Al ver que un silencio hostil acoge sus palabras.) Hasta después. (Sale por el fondo.)
- PEREGRI. ¡Si no se va, le pego, señora!
- ANGELES Ve a cerrar la puerta, y vuelve aquí: el sobrino de mi marido sobra en este consejo de familia, pero tú no.
- ANGELITA Más de la familia eres tú que él. (Sale Peregrina.)
- TRINI Ahora el archivero se enterará del escándalo, y también nos huirá.
- ANGELES Y ese parecía venir con buen fin.
- TRINI (Taconeando de rabia.) ¡Hay que tomar una determinación!
- ANGELITA ¿Y qué vamos a hacer nosotras, pobres mujeres?

- TRINI ¡Matar, rabiarse, defendernos!... ¡Todo menos seguir así! ¡Casi era preferible meterse a bailarina de una vez!
- ANGELES ¡¡Trini!!
- TRINI Tú no te das cuenta de nuestra situación.
- ANGELITA No seas injusta.
- ANGELES También yo la sufrí, y encontré al fin con quién casarme: vosotras encontraréis lo mismo.
- TRINI Nos casaremos a los cuarenta años.
- ANGELES Da pena oírte.
- ANGELITA Aún somos jóvenes; tiene razón mamá.
- TRINI ¡Vaya una juventud!... ¡Si salieran canas de sufrir, iba yo a parecer Matusalem!
- ANGELES ¡Psch!... Ahí oigo a tu padre, hablando con su primo y con Peregrina. Que no nos vea así.
- TRINI Papá, papá... ¡Si pudiera yo ser hombre siquiera un día!...
- ANGELITA Tampoco le vamos a obligar a que cometa una imprudencia.
- ANGELES Eso no; pero bien puede pedir una satisfacción al padre del marquesito, que es su compañero de tresillo a diario.
- TRINI Dirá lo de siempre. ¡Como si a nosotras nos importara que él desplume en el casino a los padres de quienes nos insultan!
- ANGELES ¡Que te calles!
- TRINI ¡Vaya una venganza! ¡Cualquiera diría que hace causa común contra nosotras!
- ANGELES No has robado el genio, hija mía.
- TRINI Mejor si salgo a la abuela. ¡Ojalá saliera del todo!
- ANGELITA No sabes lo que dices.
- TRINI ¿No recogió, una a una, papá, las postales de la abuela que publicó Paco Roderro, en vez de romperle la crisma? Bueno es ser prudente, pero no tanto. ¿No te ha aconsejado a ti misma, mamá, que quites ese retrato de ahí?

ANGELITITA Y tal vez tenga razón.
 ANGELES No, eso sí que no; una sola vez me lo dijo y supe qué contestarle: en eso sí que soy intransigente: es mi madre y no tengo por qué avergonzarme de ella. Si supiera que vosotras lo hacíais, sería aún más desgraciada de lo que soy.

ANGELITITA Yo no, mamá. (Un silencio. Trini taconeá sin ceder. Entran DON FEDERICO y PEREGRINA.)

ANGELES Ya te habrá dicho Peregrina...
 PEREGRI. No quise hablarle, pa que el primo no lo oyera tóo.

FEDERICO ¿Qué pasa?
 ANGELES El hijo de tu amigo el marqués...
 FEDERICO (Con alegría de jugador.) ¿El marqués? Dos codillos en hora y media. Se dan pocas mañanas como la de hoy: ochenta y siete pesetas... (Mostrando el dinero.) Mira.

TRINI ¡No decía yo!...
 FEDERICO Tuve una mano espléndida: seis triunfos de estuche y tres firmes... Bola sin corte.

TRINI Y mientras tú ganabas el dinero del padre, el hijo aquí...

ANGELITITA Trini, respeta a papá.
 TRINI ¿Por qué no hace él que nos respeten a nosotras?

FEDERICO A ver, a ver...
 ANGELES Federico, yo no quiero contarte nada; no quiero que venzas el natural pacífico de tu carácter: quiero, únicamente, que huyamos de aquí. Hoy se ha hecho a una de nuestras hijas una ofensa de esas que...

ANGELITITA Sí, papá.
 TRINI Somos las cienicientas de Valleclaro.
 ANGELES Tenemos que sacrificarnos por ellas... Casarse es el fin natural de las mujeres, y ya ves que los años se les pasan.

FEDERICO No son tan viejas.
 ANGELES Es mejor no engañarse: no son viejas, pero, ¿es preferible exponerlas a que lle-

guen a viejas con la amargura de no haberse casado, y a que puedan decirnos: fué por vuestro egoísmo? Ningún novio les dura; si algún forastero se acerca, atraído por el palmito de las chicas, al poco tiempo la ponzoña del pueblo lo malea o lo aparta... Tú lo sabes; tú, que fuiste bueno para casarte conmigo, que estaba en igual circunstancia que ellas, recuerda cómo he cuidado tu casa, y te he sido fiel, y he procurado hacerte verdadera la vida... Y ellas son como yo, y merecen que nos sacrifiquemos... Vámonos a otro sitio, Federico; que estas hijas no se nos malogren.

FEDERICO ¿Qué os han hecho?
 ANGELITITA Sigue el consejo de mamá sin preguntar.
 PEREGRI. Dice bien la señora.
 FEDERICO No; quiero saber, me lo habéis de decir.
 TRINI ¿Para qué?
 FEDERICO Soy viejo, pero puedo aún defender mi casa. ¡Soy vuestro padre, y aún puedo matar o morir para redimiros de una vez de la maldita herencia! (Al ver el gesto doloroso de su mujer.) Perdóname, Angeles; perdónadme vosotras también. (Hay una pausa corta y dolorosa en la cual, durante un instante, todas las miradas se encuentran en el retrato de la abuela.)

ANGELITITA Podíamos irnos al pueblo, papá.
 TRINI Es preferible enterrarse en el pueblo.
 FEDERICO Y vivir allí de una mísera renta; y que os caséis con dos patanes...

ANGELES Siquiera, para ellos, serán dos señoritas y las respetarán.

FEDERICO Aquí, al menos, yo gano diariamente al tresillo y nos ayudamos... Vivimos casi de eso...

TRINI Para nosotras eso no es vivir.
 PEREGRI. Yo trabajaré también allá, si hace falta.
 FEDERICO (A Angelita.) ¿Y no habrá algo de culpa o de imprudencia tuya?
 ANGELES Tal vez... Pero esa imprudencia, que tan-

tas cometen, es pecado venial, y ninguna otra la paga tan cara como ella va a pagarla. Federico, no te enfades: tú no eres lo que se dice un hombre valiente, y, sin embargo, has dado una gran prueba de valor en la vida al casarte conmigo.

FEDERICO

Angeles...

ANGELES

Ya ves que no te salió mal. Sé ahora valiente otra vez. No sólo se es valiente matando o dejándose matar... Sé valiente como lo fuíste antes... Vámonos.

ANGELITA

Si.

ANGELES

Renuncia a esa ganancia del juego, que envuelve no sé qué vergüenza, porque jugar bien no es una profesión... Con algo que trabajes y con lo poquito que la tierra da...

ANGELITA

Nosotras coseremos, si es preciso.

TRINI

Aquí están mis manos.

PEREGRINA

¡Antes me las tenían que cortar a mí!

(Suena dentro un timbre.)

FEDERICO

¿Quién será?

TRINI

Será el primo Soler.

ANGELES

Se fué huyendo en cuanto nos vió acongojadas.

ANGELITA

Creerá que ya ha pasado la cosa, y vuelve a comer.

PEREGRINA

(Belicosa.) ¡Voy!... ¡Ya verán!...

ANGELES

No... Ve tú, Trini. (Sale Trini por el fondo.)
Que nadie sospeche lo que pasa.

ANGELITA

Ya se sabrá en todo Valleclaro.

FEDERICO

¡Psch!

ANGELES

No parece la voz de tu primo. (Don Federico se levanta y va hasta la puerta del fondo. En cuanto ve quién llega, cambia el gesto familiar por uno más cumplido y amable, y dice:)

FEDERICO

Pase usted, pase usted... ¿Cómo va a quedarse en la puerta?

(Doña Angeles, Angelita y Peregrina, asombradas, esperan. Entra TRINI con ANTONIO HIDALGO, joven de vestir correcto, pero nada elegante, cuyo des-

aliño acentúa la corbata deshecha, el traje en desorden y el sombrero abollado. Su actitud denota, al mismo tiempo, decisión y cortedad, y, a pesar de su entrada brusca y de traer amoratado un ojo, no aparece ridículo.)

TRINI

Pase usted por aquí.

HIDALGO

Era... Verá usted... Ustedes perdonen.

ANGELES

Siéntese, cálmese usted.

HIDALGO

He subido de cuatro en cuatro las escaleras, y...

FEDERICO

Ya se nota. Siéntese.

HIDALGO

Venía nada más a darle a una criada... es decir, a decirle... y como me ha abierto la puerta Trini, digo... esta señorita... (Don Federico le hace un gesto más imperativo para que se siente y él obedece.) Ustedes se reirán de mí.

TRINI

¡No faltaba más!

HIDALGO

Una primera visita sin ser presentado, y... en esta facha...

ANGELES

Está usted muy bien.

HIDALGO

Muy bien desfigurado, señora.

TRINI

Peró, vamos: usted se ha caído...

HIDALGO

No, señorita, no...

ANGELITA

A usted le ha pasado algo, señor Hidalgo.

FEDERICO

Hace un momento, en la puerta del casino, no tenía usted la cara así.

HIDALGO

No, señor, no... Ha sido... ha sido una pequeña polémica con el marquesito. Tuve que darle unos coscorrónes, y cuando me lo quitaron de entre las manos me tiró desde lejos una caja de dominó, y... (Señalando al ojo amoratado.) Ya ven ustedes... Ha debido darme con el seis doble. (Se lleva el pañuelo a una oreja y al retirarlo se ve que está manchado de sangre.)

ANGELITA

¡Usted está herido!

HIDALGO

No es nada.

TRINI

Trae esparadrapo de tu botiquín, papá.

ANGELES

Sí, ve.

HIDALGO

(A Peregrina, que acude con una jícara con agua y unos algodones.) ¡Ah!, mil gracias; me la-

varé yo mismo. ¡Lo que tengo es una sed!... (Se acerca la jicara a la boca.)

TRINI ¡Que es agua oxigenada!...
HIDALGO También necesito oxígeno, no crean... En este Valleclaro se respira mal, y dispénsenme ustedes que son de aquí... ¿Quiere usted ser tan amable de darme ese esparadrapo, don Federico?

FEDERICO Sí, ahora mismo. (Don Federico sale y en seguida Antonio Hidalgo, rápidamente, ruborizado, saca un paquete de cartas del bolsillo y se las entrega a Angelita.)

HIDALGO Tenga usted: son sus cartas, las que usted le escribió... Se las arranqué a la fuerza.

ANGELES Pero...

ANGELITA Gracias.

HIDALGO No me dé las gracias: cualquiera hubiera hecho lo mismo. Empezó a leerlas en alta voz a un grupo de imbéciles como él, y yo no pude contenerme... Ya sé que no tengo derecho para hacer lo que hice; perdóneme, pero... Aquí tiene usted también el retrato.

ANGELITA ¡Mi retrato!

ANGELES ¡Qué infame!

TRINI Roto en dos pedazos.

HIDALGO Los mismos en que yo le rompí la cabeza.

PEREGRI. (Sin poderse contener.) ¡Muy bien!

ANGELES ¡Peregrina!

ANGELITA Enjúguese otra vez la oreja. ¿Le duele?

PEREGRI. Y la nariz.

HIDALGO No; en la nariz no tengo nada: es como Dios la ha hecho... Yo sí que debo habérselas deshecho a su novio, Angelita.

ANGELITA (Ruborizada.) Deme usted la taza.

HIDALGO Gracias; es usted muy buena... Son ustedes muy buenos. Ya lo sabía yo.

TRINI Si no nos conocía casi, mal puede saberlo.

ANGELES No le haga usted caso.

HIDALGO Las conocía... sin conocerlas. Yo no soy de aquí y veo a Valleclaro de una manera diferente; creo darme cuenta de donde están la fruta picada y la sana.

ANGELES ¡Habrá que oír lo que dirán por ahí!

HIDALGO La verdad acabará por abrirse paso, señora, aunque sea a golpes.

PEREGRI. Y qué usted debe tener buenos puños.

HIDALGO Sí, no crea; y hasta me sirve de gimnasia... Como por mi profesión vivo entre libros, un poco de ejercicio me hace bien. Aún nos va a demostrar que tiene que darnos las gracias porque le hayan hinchado un ojo.

HIDALGO Ya sé que no tengo derecho, que tal vez he hecho mal...

ANGELES Al contrario; la niña no ha querido reprocharle.

HIDALGO (Mirando tímidamente a Angelita.) ¡Ojalá que pueda tener derecho alguna vez!...

ANGELITA Ahí está papá...

HIDALGO Ya sé que no debo decirle...

ANGELES Al contrario. (Entra DON FEDERICO.)

FEDERICO Aquí está; quedaba sólo este pedazo. ¿Han traído el agua?

TRINI No.

FEDERICO Se lo mandé a la criada nueva.

ANGELITA Voy yo misma a traerla.

TRINI Yo iré.

ANGELITA (Sin darle tiempo, deseosa de poder ocultar su rubor.) No, no. (Sale Angelita por la izquierda. Hidalgo se ha estado aplicando el esparadrapo a la oreja.)

FEDERICO Le basta. ¿No es eso?

HIDALGO Sobra; gracias.

PEREGRI. ¡Ya lo creo!

HIDALGO Como que hay para cubrir las orejas de un...

TRINI Diga usted de un Paco Rodero, si va a decir burro.

ANGELES ¡Niña!... Federico, dále las gracias al

señor Hidalgo, que ha castigado una infamia que, sin duda, tú concluirás de reparar.

HIDALGO Ya está bien servido; no vale la pena...
FEDERICO (Estrechándole la mano.) Gracias... Nosotros no olvidaremos nunca... Hace usted honor a su apellido, señor Hidalgo, y, aunque soy padre, debo decirle que ha servido usted una causa justa.

HIDALGO Lo sé... No tiene que decirme... Los pueblos poco aireados como este, necesitan ciertas instituciones morales y son perezosos para cambiarlas. Hace falta, por ejemplo, un loco, que aquí es Pedro Lavale; hace falta un sabio, que es don Carlos el agrimensor, y hace falta una... familia como ustedes en quien desahogar la hiel y el rencor que dejan en cada casa esas dificultades domésticas, que nadie confiesa...

TRINI No sé qué tiene de particular el ser nietas de una bailarina. ¡Ni que estuviéramos en la Edad Media!

HIDALGO En la Edad Media no había bailarinas; pero es lo mismo.

ANGELES Ya ve usted cómo ellas se conducen.

FEDERICO Como te condujiste tú.

HIDALGO Eso no le importa a Valleclaro: que la causa sea injusta y hasta que haya desaparecido, no modifica nada. Por cosas razonables que haga Pedro Lavale, seguirá siendo el loco, y por sandeces que diga el agrimensor, será siempre el sabio. Es muy cómodo eso de no cambiar de ideas; y cuando la crueldad y la injusticia se reparten entre todo un pueblo, la responsabilidad se sobrelleva mejor...

TRINI Cuántas veces ni nos asomamos al balcón, teniendo ganas, para que no digan.

HIDALGO Hagan lo que hagan, tendrán siempre la hostilidad del pueblo... Por eso hubiera yo querido que el marquesito hu-

biese sido todo Valleclaro a la vez, para...

ANGELES Muchas gracias.

FEDERICO En este tiempo no abundan los Quijotes.

HIDALGO (Queriendo en vano bromear.) Precisamente soy también de la Mancha, y si tuviera algo de heroico lo que he hecho, que no lo tiene, mi entrada ridícula y mi ojo abollado me darían cierta semejanza con don Quijote. (Se ha puesto de pie.)

FEDERICO Quédese un rato.

HIDALGO No... Estoy azorado como un bobo... Yo no soy hombre de sociedad; cada uno es como es... Nos hemos de ver mucho, digo yo, y hemos de ser buenos amigos. Déjenme ahora ir.

FEDERICO Vamos, hombre.

ANGELES Déjalo, Federico. (A Hidalgo.) No hemos de ser buenos amigos: lo somos ya. Vuelva usted a vernos cuando quiera. Esta es su casa.

HIDALGO Gracias, señora. ¡Vaya si volveré! Háganme el favor de despedirme de Angelita.

TRINI Tome su sombrero.

HIDALGO Gracias.

FEDERICO Lo acompañaremos.

HIDALGO No se molesten.

ANGELES ¡No faltaba más! (Sale Hidalgo muy turbado y doña Angeles y don Federico lo conducen. Peregrina los sigue; pero antes de salir le dice a Trini, que queda en escena.)

PEREGRINA Este sí que me gusta a mí: ¡Este es un hombre! (En cuánto sale Peregrina, entra Angelita, trayendo el vaso de agua; Trini la acoge con hostilidad.)

ANGELITITA ¿Se ha ido?... La criada nueva no quiso traer el agua; dice que se va.

TRINI (Encogiéndose de hombros.) A rey muerto, rey puesto; enhorabuena, hija: comprenderás que viene por ti.

ANGELITITA No.

TRINI Y que este es de los que se casan.

ANGELITA No sé por qué ha de venir por mí.
TRINI Como tenías novio, no iba a mirarte: se dan también hombres correctos... Lo que ha hecho sólo se hace estando enamorado.
ANGELITA ¡ Trini !
TRINI No me consueles, tú no tienes la culpa.
ANGELITA Es que...
TRINI ¡ Si me gusta sufrir, si me hace bien sufrir ! ¡ Así tendré valor para hacer, al cabo, lo que debía haber hecho ya !... ¡ Tiene razón el primo Soler !
ANGELITA Calla.

(CESÁREA aparece en la puerta de la izquierda; viene con su traje de calle y trae un lio de ropa en la mano.)

CESÁREA Señoritas...
TRINI ¿Qué quiere usted?
CESÁREA Que me voy.
TRINI Váyase.
CESÁREA Yo... No es por nada, pero una tié que mirar por una, y ya ven ustés.
ANGELITA El señorito le hará la cuenta; váyase.
CESÁREA No es por ustés mismamente... Mi madre me dió antes de salir del pueblo unas medias téjias de su mano, con un letrero que dice que la honra es ante tóo.
TRINI ¡ ¡ Que se vaya usted ! !
ANGELITA ¿ No ha oído ?
CESÁREA Yo, señoritas... (Sale torpemente por el fondo.)
TRINI ¡ Sólo nos faltaba esto !
ANGELITA No te pongás así.
TRINI ¿ Que no me ponga ? A ti te es muy sencillo decirlo : tú te casarás, tú serás feliz, pero yo... (Con idea súbita, encarándose con el retrato de la abuela.) Yo seré bailarina como tú, abuela. ¡ Si no es buena tu herencia, al menos me dará provecho ! ¡ Ojalá pudiera sacarte del marco y resucitarte para echártela en cara, para !...
ANGELITA ¡ Trini, por Dios !

(Frenética, Trini ha levantado su puño contra el retrato de la abuela como si quisiera golpearla. En este momento aparece en la puerta del fondo DOÑA ANGELES.)

ANGELES ¿Qué haces, Trini?
TRINI ¿Yo?...
ANGELITA No... Es que estaba sucio de polvo el marco de la abuela y lo iba a limpiar.
(Doña Angeles comprende. Hay un momento lleno de dolor. Después las dos hijas van hacia su madre, se abrazan a ella y lloran confundiendo sus sollozos y murmurando: ¡ Mamá ! ¡ Mamá !, mientras cae lentamente el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.